PRÓLOGO

GENERAL Y PRIMERO DE TODA LA *MONARQUÍA INDIANA*

PLUTARCO, EN LA VIDA DE THESEO, *dice que el generoso corazón (nacido y criado para entender en cosas de virtud y conocer la excelente dignidad de que es dotado un hombre de razón) es cosa muy honesta y necesaria que levante sus pensamientos más alta y encumbradamente que lo que acostumbra la bajeza del vulgo para que pueda, con profundo estudio y levantada contemplación, penetrar los secretos de la naturaleza y venir en conocimiento de sí mismo y del autor de este maravilloso artificio y máquina del mundo, cuya dignidad (incomprensible en sus obras) resplandece, contemplando, con grande atención y gustando con gusto puro (y no con ningunas vilezas humanas estragado) la suave y grata fama que la eterna mente divina dejó esparcida de sí misma en las artes y ciencias liberales. Estas palabras de este discretísimo varón deberían ser motivo a todos los discretos del mundo para que siguiendo su consejo se ocupasen, que no en los estudios particulares de las ciencias (porque no todos pueden estudiarlas, ni deben ser letrados) al menos a leer lo que otros con particulares estudios han escrito; que de esta manera no habría tanta ignorancia como hay en tantos; y cada cual (arrimado a esta intención y gustando de este aviso) se haría sabio y llegaría a la cumbre de toda la felicidad humana; porque si bien se mira la miseria del hombre vestido de carne mortal y pasible, es poder volar con las alas de carne a la alteza y suavidad de la contemplación divina; a la cual, como dice San Pablo, todas las cosas criadas nos convidan mayormente que el hombre sabio es señor del corazón de su vecino, porque con prudente saber lo vence y gana; y aun subiendo más de punto esta razón, dice Diógenes,*[1] *que todas las cosas son de los dioses y los amigos de los dioses son los varones sabios; y luego infiere: si entre los amigos todas las cosas son comunes y los sabios son amigos de los dioses, luego todo lo que poseen los dioses será también de sus amigos; y así los sabios poseerán todo lo que poseen los dioses. De esta razón debemos nosotros advertir que el hombre sabio y entendido todo lo posee y goza de más y mayores riquezas de cuantas tiene el mundo escondidas en las ocultas venas de la tierra, así de oro como de plata y otras cosas que los hombres estiman y tienen por ricas y preciosas; porque el hombre sabio todo lo posee y al ignorante todo le falta, aunque lo tenga todo, pues no tiene saber para gozarlo. Esta razón sube más de punto Salomón diciendo en el libro de la* Sabiduría[2] *que la sabiduría es mas preciosa que todos los reinos juntos; y cifrando todas las comparaciones en una palabra, dice que no hay a qué pueda dignamente compararse, porque ni la piedra preciosa la iguala y el oro es arena muy menuda en su presencia y la plata muy asqueroso lodo; y concluyendo con sus*

[1] Diog. in Vit. Philos.
[2] Sap. 7.

muchas y buenas propiedades y condiciones, dice, que es la madre de todos los bienes. Por esto deberían los hombres que desean vivir vida dulce y regalada, darse a la lección de las Escrituras; porque como dice San Gregorio, leyendo y oyendo el hombre se hace sabio; y siéndolo tiene uno de los mayores bienes que puede desear en este mundo.

De aquí tomé motivo no sólo de leer y estudiar en los libros sagrados (que tratan cosas escolásticas y positivas) sino también en los históricos profanos, que no contienen más que cosas humanas y acaecimientos sucedidos en el discurso del tiempo, desde que comenzó en los pocos hombres que tuvo en el principio de su creación, hasta los presentes, en los cuales se ha ido extendiendo su escritura, por muchos y muy copiosos volúmenes, según las cosas que han ido sucediendo y multiplicándose entre los hombres y en el discurso de esta lección me moví no sólo a leer sino también a escribir, por tener parte en esta empresa en la gloria que suelen tener los que bien escriben; ¿porque quién hay, cristiano lector, que codicioso del premio de la gloria y enamorado de la hermosura de la virtud (por donde se alcanza) no sólo no desee, más acometa, y porfíe a ponerla en ejecución y por obra? La consideración de esto anima a los hombres a que lo acometan; pero viniendo después a comenzarla y a tentar sus fuerzas las halla enfermas, caducas y flacas; y finalmente, vanas y sin virtud, para aquello que antes deseaba y le parecía fácil y posible; y no sólo las halla de esta suerte para obrar, más aún para pensar alguna cosa provechosa para su salvación; pues dice el apóstol[3] *que no somos bastantes para pensar alguna cosa buena de nuestra cosecha. De aquí es aquella confesión general de los santos, con la cual (como autor principal) suelen atribuir a Dios sus virtudes y buenas obras, reconociendo su flaqueza y miseria. Todas las cosas (dice Isaías)*[4] *habéis obrado, señor, en nosotros. Y al mismo propósito dice Jeremías:*[5] *No está en el hombre su camino, ni es del varón enderezar sus pasos para el cielo. Y también dice San Pablo:*[6] *Dios es el que obra en nosotros, el querer la buena obra y el acabarla y darla perfección, porque quedaron las fuerzas naturales del hombre, después que cayó de aquel bienaventurado estado de la inocencia en que Dios le había puesto, tan flacas y estragadas, que de sí mismas apenas pueden obrar aquellas buenas obras y virtudes que para la vida natural y política son necesarias; y para las que son camino del cielo, aunque (como la doctrina católica enseña) le quedase algún brío y movimiento del alma, pero no le quedó poder para ejecutarlo y ponerlo por obra, sin especial favor y ayuda del cielo; mas aunque esto sea verdad, que por el pecado nos quedaron las fuerzas del alma debilitadas y que por solas ellas sea al hombre dificultoso e imposible alcanzar alguna cosa buena y obrar virtud; con todo esto, con el ayuda y socorro del cielo le es posible y fácil, porque con el ayuda de Dios viene a recobrar y reparar las fuerzas y bríos que en la consideración de su flaqueza y miseria haya perdido y torna (desterrada toda desconfianza y cobardía) a conhortar*

[3] 2. Cor. 3.
[4] Isai. 26.
[5] Hier. 10.
[6] Ad Philip. 2.

y alegrar su alma con la dulce esperanza de la divina largueza que da abundantemente (como dice Santiago)[7] *a todos los que le piden. Él es (dice David)*[8] *el que da la virtud y fortaleza; y como en el mismo lugar dice Santiago de su divina mano se deriva y mana toda dádiva y todo don perfecto. Y San Pablo, después de haber dicho que no somos bastantes de nosotros mismos, aun a pensar alguna cosa útil y provechosa, para alcanzar la vida eterna, añade luego: mas de Dios tenemos suficiencia para todo. Así que nadie debe desmayar ni enflaquecer sus santos y virtuosos deseos por la consideración de su miseria, pues tiene abierta la puerta de la divina largueza que ayuda (como dice el apóstol)*[9] *nuestra enfermedad y flaqueza. De aquí es, cristiano lector, que habiendo yo comenzado esta obra muchos años ha, desmayando en la prosecución de ella por mis débiles y flacas fuerzas y poniéndoseme por delante tantas dificultades, como se le ofrecen al que escribe historia, muchas veces dejé la pluma y propuse no pasar adelante. Acobardábame mi poco espíritu, juntamente con otras cosas en que estaba ocupado; y lo que más me hacía guerra era la poca noticia que tenía de muchas cosas necesarias a esta escritura, que para salir con esta empresa se requerían, por lo cual había de ser notado de muchas faltas (como lo son otros) de los que escriben libros. Y verdaderamente, teniendo atención a esto, me hubiera excusado y alzado la mano de la obra, si hallara otro que lo hiciera y quisiera, por amor de Dios, tomar este trabajo; mas visto que no había quien saliese a tomar esta empresa, ni tuviese tanta noticia en los tiempos de ahora, de las cosas que en aquellos dorados sucedieron (por haberme dado a la inteligencia e inquisición de ellas) con buen celo e intento de que no se perdiese la memoria de casos y personas, tan dignas de ella, no confiando en mi caudal y fuerza con el ayuda del señor vencí todas estas dificultades; y desplegando las velas de mi encogimiento y forzado del mérito de la santa obediencia, que por mis prelados me fue impuesta, como parece por su patente y letras, salí con ella al cabo. Confieso que el trabajo que en ello he pasado ha sido muy grande; porque como de las cosas eclesiásticas de esta Nueva España ha habido tan pocos o ningunos escritores y yo no he salido de esta Provincia del Santo Evangelio, ni peregrinado a las demás de Mechoacán, Xalisco, Zacatecas, Huaxteca, Yucatán, Guatemala y Nicaragua (como otros hacen en demanda y busca de estas cosas), mas antes he tenido otras ocupaciones que me han forzado a no salir del convento donde era morador para inquirirlas. A esta causa me ha sido forzoso juntar y conferir papeles y memoriales, con mucha fatiga de mi entendimiento e imaginación, inquirir e investigar la verdad de lo que se escribe de personas fidedignas, sacar relaciones y testimonios ciertos de escribanos y archivos de los monasterios, parte en presencia y mucho más en ausencia por cartas.*

Y aunque es verdad que los doce primeros padres (columnas de esta seráfica religión en esta Nueva España) nos pudieran excusar de este trabajo, escribiendo como testigos de vista las cosas memorables que en la conversión

[7] Jacob. 1.
[8] Psal. 67.
[9] Ad. Rom. 8.

de estas gentes pasaron. Por dos causas no lo hicieron: la una, por humildad (de que entre las demás virtudes estaban dotados), pues caminando todos ellos aprisa, en pos de la perfección y santidad, remitieron sus trabajos al supremo galardonador (que es Dios) pareciéndoles que era harto y bastaba mirar por sí, dando ocasión a los presentes de vivir con toda sinceridad y buen ejemplo, sin obligarse a los venideros, dejando sus hechos y los de los otros por escrito. La otra causa es que, como en aquellos tiempos ellos eran los obreros de esta mies de Jesucristo, siendo como eran pocos y la mies mucha y grande, tuvieron poco tiempo para ocuparse en otras cosas, fuera de las de la conversión de los naturales, aunque de dos de ellos he hallado escritos de que mucho me he aprovechado. El uno, de fray Francisco Ximénez, que escribió la vida del santo fray Martín de Valencia. Y otro, de fray Toribio Motolinia que dejó en un libro algunas memorias de los acaecimientos de su tiempo.

Y lástima es por cierto hallarse tanto descuido en las repúblicas y congregaciones; pues a cualquiera república bien ordenada le está bien saber las cosas pasadas de sus mayores para imitarlas y aprovecharse de ellas; y los que suelen juzgar bien de las cosas, aquellas obras tienen por más aventajadas dignas de precio, de las cuales suelen resultar a los hombres mayor provecho y utilidad. Y entre éstas las que tienen el provecho más universal y del cual puede caber más parte al común; porque si (como dice San Dionisio) el bien tanto es más divino, cuanto es más común, buena regla es para medir y tasar el valor de las cosas, el bien que de ellas puede seguirse a la comunidad; y según esto la historia de cosas verdaderas y provechosas, sin contradicción alguna, es cosa divina y excelente. Es la historia un beneficio inmortal que se comunica a muchos. ¿Qué depósito hay más cierto y más enriquecido que la historia? Allí tenemos presentes las cosas pasadas y testimonio y argumento de las por venir; ella nos da noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece; los montes no la estrechan, ni los ríos, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta a la diferencia de los tiempos, ni del lugar. Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres y una recompensa de la brevedad de esta vida; porque si yo, leyendo, alcanzo clara noticia de los tiempos en que vivió el católico rey don Fernando o su nieto, el emperador Carlos V, ¿qué menos tengo (en la noticia de esto) que si viviera en sus tiempos? Y cierto, mirando estos bienes y provechos que consigo trae la historia y los trabajos que padecen los que la componen para dar a los hombres noticias de tantas cosas, les habían de ser muy agradecidos; porque escribir historia de verdades no es tan fácil, como algunos piensan; es menester fuera de otras mil cosas una diligencia grande en la inquisición de las cosas verdaderas, una madureza no menor en conferir las dudosas y en computar los tiempos; una prudencia particular y señalada en tratar las unas y las otras y, sobre todo en la era en que estamos, es menester un ánimo santo y desembarazado para pretender agradar a sólo Dios, sin aguardar de los hombres el premio (o algún interese) por lo cual no esperándolo yo, ni fiando de mis pobres y flacas fuerzas sino en sólo

Dios que me esfuerza mediante el mérito de la obediencia impuesta, he concluido lo que muchos años antes había comenzado, dando por todo las gracias a nuestro señor, de quien viene todo lo bueno; y diciendo de todo mi corazón: Señor, trabajando por toda la noche de mis tinieblas en este mar de tantas tormentas y dificultades, ninguna cosa he hecho más en vuestro nombre y con vuestra ayuda extenderé la red de mi pobre talento.

Los trabajos que he tenido en haber puesto en estilo estos Libros rituales y monarquía indiana, *han sido inmensos; porque dejado aparte el mucho tiempo que me ocupé en buscar todas estas cosas, que pasaron en esto más de catorce años, otros siete que ha puse la mano en ellos de propósito para distribuirlo en libros, como van seguidos no sólo seguía la comunidad con los demás religiosos, pero hice una iglesia de bóveda en el convento de Santiago Tlatelulco, que es una parte de la ciudad de México, de las más insignes de la cristiandad y un retablo de los mayores que hay en las Indias, sin tener maestros que amaestrasen lo uno ni lo otro, sino yo solo, que para haber de salir con ello tuve necesidad de muy grande estudio en cosas de arquitectura; la cual me comunicó el señor, sin haberla estudiado ni sabido ni aprendido de maestros que suelen enseñarla, aprovechándome de los libros que de esto tratan; y no digo esto por engrandecer mis trabajos ni por excusar mis defectos, que estos escritos llevaren, sino porque conozcas (prudente lector) lo mucho que hice en años tan breves; porque a todo lo dicho se recreció también haberme ocupado en la obra de las calzadas de Guadalupe y Chapultepec, que tuve a mi cargo en la primera inundación de la ciudad, que dijeron ser reparo el levantarlas y ponerlas en el ser que ahora están, que es cosa maravillosa poderse hacer en estos tiempos; en las cuales asistí con la solicitud y cuidado que la presura y angustia del tiempo pedía, trayendo a mi cargo solicitar la gente que a ellas venía y el dar la priesa en la obra. De esta manera partía el tiempo y me ocupaba; y cuando me hallaba cansado de los trabajos en que en las obras y otras ocupaciones me tenían, volvíame al estudio de los libros y a dar una y muchas vueltas a las cosas que escribía, porque en el revolvimiento y trasiego de ellas descansaba; y alabo grandemente al que llamó ocio al estudio, porque cierto lo parece; pues a los que a él se inclinan les da descanso. Y así dijo bien Scipión Africano que nunca estuvo menos ocioso que cuando estuvo ocioso, queriendo decir que su mayor ocio era estudiar y revolver libros; y así lo dice Cicerón:*[10] *de* Sentencia *de Catón. Y como dice Séneca:*[11] *No debe, el que se precia de hombre, tener el trabajo; por lo cual me abalancé a él, porque de mí no se verificasen otras palabras suyas que dicen: Si rehúsas y huyes del trabajo serás muy poco, porque a los ánimos generosos el trabajo los sustenta; y no puede cantar victoria sino el que pelea con varonil ánimo, hasta vencer al enemigo, mayormente en guerra del entendimiento y saber; pues excede esta lucha a todas las corporales en excesivo e incomparable grado. Y si como dijo el otro poeta discreto, es la falta del trabajo el ocio y dejamos dicho que el ocio más deleitoso es vacar a los estudios de las letras, bien se sigue que no hay cosa en*

[10] In Praef. 3. de Offic.
[11] Senec. Epist. 13.

la vida humana tan dulce y tan deleitable como es el tiempo que en ellos se gasta; y aunque es trabajo es de gusto y por esto es fuerza que no se sienta; y lo que más engolosina al apetito para la perseverancia en él, es saber que dura por siglos; porque como dice Musonio, si alguna cosa honesta hicieres con trabajo, alégrate de ello, porque pasa el trabajo y queda la gloria de la cosa buena y honesta que hiciste; al contrario de las cosas malas y deshonestas, porque se pasa el gusto y queda la infamia del mal hecho.

No excuso, cristiano lector, las cosas de que puedo ser notado en estos libros, porque por más excusas que dé me quedaré con ellas y sentirá cada cual lo que quisiere; pero para mi consuelo quiero traer a la memoria aquella soberana y artificiosa fábrica del tabernáculo que edificó Moisés en el desierto por mandamiento de Dios[12] *(que fue una de sus divinas invenciones y pensamientos eternos), para la cual contribuyeron todos los del pueblo de Israel, según la calidad de sus personas y conforme la posibilidad de hacienda que tenían; porque los potentados y príncipes del gobierno dieron piedras ricas y de valor para los ornamentos sacerdotales; los padres de familias y hacendados dieron oro y plata para los vasos y servicios del templo; y todos los demás del pueblo, como menos ricos y poco hacendados, ofrecieron otros paños y lanas, que aunque necesarios y vistosos, no de tanto valor ni precio como se cuenta en el libro del* Éxodo.[13] *De esta devoción y ofrenda que el pueblo de Israel hizo a su Dios toma motivo San Gerónimo*[14] *en su prólogo galeato para excusarse de la translación que hizo de hebreo en latín, de los libros sagrados del Viejo y Nuevo Testamento, diciendo así: No piense el que leyere esta letra y translación que he tenido intento de reprehender en ella a los mayores que en otro tiempo la hicieron, porque el que tal pensare y entendiere irá muy errado y sacará de quicios sencillos y llanos la humilde intención con que los ofrezco; porque así como en el templo de Dios ofreció cada uno lo que pudo (es a saber) unos, oro; otros, plata; otros, piedras preciosas; otros, telas ricas y de color; otros, púrpura y grana. Yo, con los que ofrecieron pelos de cabra, ofrezco esta mi humilde obra, porque no fueron menos necesarios los pellejos de las ovejas y cabras, para defender las riquezas y hermosura del tabernáculo por defuera de los rayos y ardimientos del sol y otras inclemencias de los cielos, que el oro y plata y otras joyas y piedras de valor para lo anterior con que dentro hermoseaba su lindeza.*

De donde, como digo, tomo motivo de consolarme en estos escritos, pareciéndome que aunque mis trabajos sean después de otros que han escrito acerca de estas materias, podré ofrecerlos con los que para el adorno del templo dieron menos, certificando que doy lo más que de todos mis trabajos he tenido y no quiero condenar a nadie; que si los que no condenan y tratan controversia con otro no se escapan de ser censurados, mucho más lo serán los que trabaren pendencia con otros; sólo digo que lo más que en estos libros va dicho hasta ahora no se ha tratado; y lo que digo con otros va en grande manera ampliado; y según va vestido de añadidura, parece todo el ropaje lo

[12] Exod. 33.
[13] Exod. 25. et cap. 15.
[14] Div. Hier. in Prolog. Galeat. ad Libr. Reg.

añadido. Yo quería escaparme sin dolo y sin tijera; pero no pienso que será posible, habiéndome puesto a la censura de todos; lo cual no debió admitir en general de doctos e indoctos, sino de sólo los sabios.

Muchas razones me movieron a los principios a poner mano en esta historia, de las cuales es una haber sido mucho de ello trabajos muy sudados de religiosos de la orden de mi seráfico padre San Francisco, especialmente de los padres fray Toribio Motolinia y fray Francisco Ximénez (como dejamos dicho), fray Bernardino de Sahagún y fray Gerónimo de Mendieta, que después de ellos añadió otras y por ser de su orden quiso ponerlo en estilo sucesivo histórico. Otra fue ser yo tan aficionado a esta pobre gente indiana y querer excusarlos, ya que no totalmente en sus errores y cegueras, al menos en la parte que puedo no condenarlos y sacar a luz todas las cosas con que se conservaron en sus repúblicas gentílicas, que los excusa del título bestial que nuestros españoles los habían dado. Otra es haber más de veinte años que traía esta guerra, con el deseo de escribir esta Monarquía y histotoria indiana.

Y para mayor claridad de la historia digo que algunos vocablos y nombres de los indios no van declarados por no salir un punto de la verdad, ni vender por significados los que no lo son, confesando no haberlos alcanzado ni sabido, ni podido tomar motivo de la lengua, aunque me he ejercitado más de 25 años en ella para declararlos; y no es maravilla, pues aun de la nuestra materna ignoramos. Muchos de los cuales no sabemos el fundamento que hubo para darles semejantes nombres; y aun el glorioso padre San Isidoro, en el libro séptimo de las Etimologías[15] *dice, tratando de los significados de los nombres de personas particulares nombradas en las divinas escrituras: Donde no alcanzamos a saber la interpretación de los nombres pasamos con sólo decir la etimología de ellos. De manera que no de todos se sabe ni alcanza a saber su significado o porque no le tiene o porque falta quien tenga inteligencia de él para declararle; y así digo que donde pareciese pasarme de largo sin declararle será señal de que lo ignoro.*

De estos trabajos que represento conocerán otros más de los que yo puedo decir por otros semejantes que habrán pasado; y no es éste nuestro trabajo, después del de otros, sin fruto ni sin provecho; porque como dice Braqueto, sería trabajo excusado el que se siguiese después de muy largo y prolijo estudio, si no llevase algo más de lo que otros han dicho; y es de muy corto ingenio no añadir algo más a las cosas ya dichas; y como dice Quintiliano,[16] *siempre se ha de confiar que el que habla después de otros en aquella materia que ellos trataron, que dirá alguna cosa más de lo que aquellos dijeron; porque no hizo la naturaleza a la elocuencia tan corta que no le diese razones para agradar a los hombres y las que unos no dijeron, las digan otros. Estas dichas, cristiano lector, recibirás con la afección y amor que te las ofrezco y en lo que te cuadrare de estos libros, da gracias a Dios por ella; y en lo que no, cree de mí que quisiera satisfacerte y que el daño está en que no supe más, ni se me entendió más, y que no me quedó por negligencia, el inquirirlo y saberlo.*

[15] Div. Isidor. 7. Ethymol. cap. 6.
[16] Lib. 10. cap. 5.